

Identidad de bloque y cultura de amistad*

Alessandro Warley Candear**

El tema de la construcción de una identidad cultural para el Mercosur merece ser estudiado atentamente. El proceso de integración regional es incompleto y frágil si se basa solamente en intereses comerciales, y no penetra en las mentalidades si no crea un sentimiento de identidad de bloque.

¿Cuál sería el contenido de la identidad cultural del Mercosur, sus elementos comunes espontáneos y sus símbolos que podrían en el futuro ser enseñados en las escuelas? ¿Cuáles son las resistencias a la formación de una identidad de bloque?

Un intento de buscar respuestas a estas indagaciones podría hacerse según el siguiente plan:

I) identificar los elementos sobre los que pueda construirse una identidad, examinando algunos rasgos profundos de la historia social, de las mentalidades y de la cultura material de nuestros pueblos; un énfasis particular será dado al acercamiento cultural entre el Brasil y la Argentina;

II) analizar algunas resistencias y temores de la identidad de bloque;

III) defender el nuevo concepto de “sociedad estratégica”, más profundo que el de “alianza estratégica”, y que abre un espacio hacia una “cultura de amistad”.

* Ponencia presentada en las VII Jornadas de Historia de las Relaciones Internacionales, AAHRI, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, octubre de 2003.

** Primer Secretario – Embajada del Brasil en Buenos Aires.

I) La construcción de la identidad del Mercosur

Gregorio Recondo, diplomático argentino, fue pionero en el examen de las raíces de lo que llama “una historia común para la integración”, comparando las experiencias en Europa y América Latina, con particular énfasis en la valorización de la identidad cultural.¹ Recondo bucea en las culturas originarias de la región, investiga la historia de la ocupación territorial con la formación de grupos étnicos multiculturales, defiende una educación para la integración y subraya la importancia de la dimensión cultural del Mercosur.

El contenido de la identidad de bloque producida por la integración regional sería una síntesis de los elementos más importantes de las identidades matrices de los pueblos que lo constituyen. La conciencia de dichos elementos será intensificada con el aumento de los flujos sociales recíprocos y con la producción conjunta de bienes y servicios –producción conjunta, más allá del simple intercambio comercial–.

Los Embajadores Andrés Cisneros –ex vicescanciller argentino–, y Marcos Azambuja, –ex embajador brasileño en Argentina–, subrayan que las historias de ambos países se tocan y convergen:²

i) ambos son países sudamericanos sobre el margen atlántico, cuyos grandes centros de población y producción se ubican en la Cuenca del Plata y alrededores; tienen proximidad lingüística y cultural, sobre todo en regiones de frontera;

ii) sus historias registran el “descubrimiento” por metrópolis ibéricas, y no la “conquista”, como en los casos mexicano y peruano; hay similitudes en los procesos de independencia y en su condición periférica dentro del sistema mundial; sufrieron conflictos internos en el siglo XIX, a fines del cual conocieron un período de estabilidad política (oligárquica) y fuerte crecimiento económico;

iii) en el ámbito estratégico, el enfrentamiento armado entre ambos países fue producto de disputas territoriales heredadas de familias reales europeas, y nunca de una convicción brasileña arraigada con una “causa nacional legítima”; ambos países son defensores de la estabilidad territorial en la región, y bajo este criterio se aliaron en la Guerra de la Triple Alianza;

iv) en el campo económico, fueron severamente afectados por la Gran Depresión de 1929; impulsaron una industrialización por sustitución de importaciones a partir de una política desarrollista basada en un intenso intervencionismo del

-
1. Algunos títulos de Gregorio Recondo: *La Integración Cultural Latinoamericana: entre el mito y la utopía* (1989), *Integración – Experiencias en Europa y América Latina* (1993), *Aportes para la Integración Latinoamericana* (1995), *El Mercosur explicado* (1996), *Mercosur: una historia común para la integración* (1996), *La identidad cultural en los procesos de integración americana* (2001) y *El sueño de la Patria Grande* (2002).
 2. Cisneros, Andrés, y Azambuja, Marcos. *Brasil–Argentina. A visão do outro*, Introducción, Brasilia, FUNAG, 2000.

estado; desde fines de los años '80 conocieron altísimas tasas de inflación, situación que se estabilizó en los años '90; son los más grandes deudores ante el FMI (Brasil en número uno y la Argentina el número tres), y buscando convergencias en el tratamiento de la deuda externa; y

v) en el plan político, recorrieron juntos los caminos del autoritarismo militar y juntos vivieron la redemocratización; hoy avanzan hacia la afirmación de la gobernabilidad de sus instituciones.

La Argentina tuvo el más grande crecimiento económico del mundo entre 1880 y 1930. Brasil fue la nación que logró los más altos indicadores de crecimiento entre 1930 y 1980. Por lo tanto, los dos principales socios del Mercosur fueron, sucesivamente, las economías que alcanzaron en un siglo los niveles más altos de crecimiento en el mundo, lo que prueba su enorme potencial de desarrollo histórico.

La historia social, la pertenencia cultural y política a América Latina, la defensa de la estabilidad estratégica sudamericana, la mezcla racial y cultural, la apertura permanente a civilizaciones de otros continentes, la inserción periférica en la economía y la política mundial, la brecha social y los bajos niveles de desarrollo humano son elementos profundos de nuestra.

El impacto de cada masa humana (pueblos indígenas y olas de inmigrantes) en la formación de nuestras sociedades fue diferenciado en cada uno de los países del Mercosur. Las cuatro naciones tienen en común el recibimiento de contingentes europeos que se mezclaron con pueblos locales, pero sus historias demográficas posteriores presentan variantes. La presencia africana y asiática es mucho más fuerte en Brasil, mientras que el contenido europeo es preponderante en Argentina y Uruguay. El Paraguay y la Amazonia brasileña guardan todavía fuertes contingentes indígenas.

Las marcas distintivas de nuestros países son la mezcla de esas masas humanas y el desafío de su adaptación a ambientes naturales desconocidos del continente sudamericano –bosques y campos tropicales, pampas, el chaco, los Andes, la Patagonia–, lo que dejó efectos profundos en la sensibilidad, en las emociones, en las prácticas cotidianas y en las visiones del mundo de nuestra gente.

En el ámbito de la historia de las mentalidades y de la cultura material, la formación de nuestros pueblos es el resultado de valores ibéricos sumado a elementos ameríndios con componentes europeos, africanos, semitas y asiáticos. Como ya dicho, este proceso se desarrolló en tres marcos simultáneos: primero el marco étnico de la mezcla racial –que va más allá de la diversidad o del pluralismo, de la simple convivencia o tolerancia– el marco ecológico de adaptación a espacios desconocidos. Luego, el marco de las instituciones políticas y sociales, desde el proceso de formación de nuevas naciones americanas hasta la lucha por la democracia y la gobernabilidad. Finalmente el marco más prosaico de la vida cotidiana, con sus estilos de vida y de convivencia, sus hábitos alimenticios, sus costumbres, su arquitectura y sus aparatos.

La identidad de nuestra integración debe de ser una síntesis de estos procesos, cuyas características específicas nos diferencian de otras regiones.

En lo simbólico, casi jocoso pero también importante, es imposible hablar de identidad de bloque en el Mercosur sin tocar el tema del fútbol. Si uno mira más allá de la rivalidad, se da cuenta de que los países del Mercosur ganaron, en conjunto, más mundiales que los países europeos. Un ejemplo de nuestra fuerza colectiva; tenemos el mejor fútbol del mundo.

La identidad cultural resulta también de una acción voluntaria de los estados. Manuel Castells afirma que la identidad es una construcción social que ocurre en un contexto de relaciones de poder. Basándose en el pensamiento del sociólogo, es posible decir que la construcción de la identidad del Mercosur "sería al mismo tiempo" un proceso de legitimación, de resistencia y de proyecto de sociedad.

Primero, la construcción de la identidad sería un esfuerzo de legitimación impulsado por los estados del Mercosur. Ese esfuerzo no sería artificial, puesto que nacería de una base legítima formada por elementos culturales comunes, como se ha visto. La intervención de poderes públicos serviría, en realidad, para permitir que dichos elementos se manifestasen en una visión estratégica de largo plazo, creando espacios nuevos de encuentros entre sociedades, movilizandolas hacia la integración y creando sus marcos institucionales.

Segundo, la identidad de bloque sería también una "identidad de resistencia", por resultar no solamente de la conciencia de nuestra vulnerabilidad mundial, sino también de nuestra diferenciación cultural, histórica y geográfica en relación a otras regiones, además de un sentimiento de solidaridad latinoamericana. Este aspecto tiene en cuenta nuestra ubicación periférica en el sistema internacional, el rechazo a actitudes hegemónicas y el deseo de construir un espacio continental de paz y desarrollo.

Por ello, más allá de una mera "resistencia", la integración nos lleva a la "identidad de proyecto": nuestros países desean redefinir su posición y su rol en la sociedad mundial. Nuestros países pueden contribuir a la edificación de una estructura multipolar de poder mundial basada en los principios clásicos del Derecho Interamericano. El Mercosur es un proyecto sin hegemonías basado en la paz, en la democracia (Protocolo de Ushuaia), en la autodeterminación, en la no intervención y en la integración económica, comercial, física y cultural.

En esa misma línea, el periódico *La Nación* afirma:

"El Mercosur nos convoca a diseñar un polo de poder mundial (...) Hay que tender puentes, caminos, trenes de alta velocidad; unificar formas jurídicas, unir empresarios, fundar una estrategia militar defensiva y disuasoria, institucionalizar las formas de conducción de la gran nación de naciones que tenemos entre manos (...) No interesa ya el Mercosur como un mero campo para el mercantilismo mundializado. Debemos vivirlo con la pasión de una realidad fundadora, de un renacimiento. Significa el rescate de nuestro anémico sentido de soberanía y la posibilidad de recuperar un puesto mundial que está en la base del orgullo de la genial ocurrencia fundacional de la Argentina. Un Mercosur aliado de la Comunidad Andina sería el camino hacia esa Unión Sudamericana que parecería el bolivariano destino manifiesto de nuestros países y, sobre todo, de esa gran cultura euroamericana que vivimos todavía de pantalón corto, sin dar-

nos formas civilizatorias propias (...) Esta tarea de proyección mundial tiene que fundamentarse en los valores culturales que compartimos.³

II) Resistencias

Sin embargo, es posible identificar algunas oposiciones a la construcción de una identidad de bloque.

En primer lugar, persisten antiguas rivalidades, prejuicios, estigmas y desconocimiento recíproco. Todos vicios anacrónicos de nuestra formación histórica, que alejaron a nuestros pueblos, los que a menudo se sienten más cercanos a Europa y a los Estados Unidos que a sus vecinos inmediatos. Eso en gran parte resulta de nuestra condición periférica de proveedores de materias primas. De la misma manera que nuestros países no están integrados internamente, sino que nuestras rutas se encaminan hacia puertos de exportación, ventanas abiertas hacia los mercados globales; tampoco nuestros países pueden estar integrados regionalmente con sus vecinos. Las mentalidades suguen los mismos caminos de las mercancías. Pero estas condiciones negativas se están superando con el crecimiento de los flujos de integración, el avance de la democracia y la superación de las desconfianzas anacrónicas. De rivales estratégicos, Brasil y Argentina se tornaron aliados estratégicos.

Es común decir que estamos unidos por un destino común. Pero, ¿qué significa destino? Su sentido es negativo, por ejemplo, si miramos algunas letras de tango, éste tiene la connotación de fatalidad de la cual no se puede escapar. Por el contrario, nuestra asociación estratégica debe resultar de la convergencia de voluntades y de valores, de la unidad de propósitos.

Otra resistencia a la formación de una identidad de bloque es el temor de que nuestras propias identidades nacionales y regionales sean avasalladas borrando nuestras tradiciones y costumbres y formando un todo homogéneo. Esto refleja el miedo de que la dimensión supranacional destruya la dimensión local.

Sin embargo, la constitución de un bloque es un factor de unión, no de destrucción. Un bloque no reduce, sino que amplía el mercado doméstico, nuestras capacidades nacionales y nuestro poder de negociación internacional. Por lo tanto, nuestras identidades nacionales y provinciales no desaparecerán frente a esta nueva identidad de bloque.

Al contrario de la tendencia de la globalización –que impone rasgos de una cultura hegemónica en escala mundial– nuestras identidades se afirmarán con fuerza si las ubicamos y las protegemos en el marco de una identidad de bloque que tenga, justamente, la diversidad cultural y regional como una de sus presuposiciones fundamentales. La integración europea, por ejemplo, demuestra que las culturas regionales pasaron a conocer un fuerte reavivamiento.

3. *La Nación*, 15 de marzo 2004.

El Mercosur debe construir su unidad cultural basándose en la riqueza de su diversidad regional, étnica y social. La identidad del bloque tiene que abarcar, al mismo tiempo, el mate, la feijoada, las empanadas, el samba, el tango, la chacarrera, el vino, la *cachaça*, la Recoleta, las *favelas* y los barrios coloniales, el gaucho, el patagónico, el hombre del *sertão* y del Amazonas, los urbanizados y los campesinos.

Si identidad es la calidad de idéntico, ¿qué hay de idéntico entre cosas tan distintas? Una vez más, la respuesta está en la mezcla: la marca cultural de nuestros pueblos es la capacidad de integrar, de forma más o menos armónica y sin excluir, las mejores herencias de las civilizaciones que nos conformaron –europeas, indígenas, africanas, judías, árabes y asiáticas–. Todos estos elementos tienen esa marca simbiótica, que es nuestra especificidad, la combinación única de elementos de nuestras civilizaciones a lo largo de la Historia sobre la base de nuestra geográfica sudamericana.

III) Sociedad estratégica y cultura de amistad

La relación bilateral argentino-brasileñas suele ser definida como “alianza estratégica”. Juan Gabriel Tokatlian propone la substitución de este concepto por el de “sociedad estratégica”, una importante diferencia cualitativa.⁴

Lo que se discute es la importancia del adjetivo *estratégico*, sino la del sustantivo *alianza* (o *sociedad*). Existe, pues, un consenso sobre el carácter vital de la relación, pero no sobre su grado de profundidad y compromiso. Hay algo de estratégico en el aire, pero uno no sabe exactamente qué es.

La etimología deja claras diferencias importantes entre ambos conceptos. *Alianza* deriva de *alligare*, ligar, mientras que *sociedad* proviene de *socius*, sinónimo de compañero, vínculo originado por el “pan compartido” (*cum panis*). Por lo tanto, *alianza* significa juntar algo que está separado, mientras que *sociedad* significa compartir recursos, proyectos y riesgos. Ligar las motivaciones, los ánimos y los objetivos es diferente a compartirlos.

Hay otras similitudes y diferencias entre los conceptos de *alianza* y *sociedad*.

La primera similitud es que ambas nociones se refieren a un conjunto de actores. En este aspecto, la diferencia no es de naturaleza, sino de grado. Si se habla de estados, ambos conceptos representan fenómenos de asociación basados en intereses comunes que buscan la construcción de poder (capital político) regional en un escenario mundial a través de la suma de los recursos de cada nación. En ambos casos, el éxito depende del nivel de cohesión, de la calidad de las consultas y del grado de confianza y solidaridad.

4. Tokatlian, Juan Gabriel, y Russell, Roberto, *El lugar de Brasil en la política externa argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Otra similitud es que tanto *alianza* como *sociedad* exigen la superación del “estado de naturaleza” descrito por Hobbes –donde todos son enemigos de todos y prevalece la ley del más fuerte– y la constitución de patrones de convivencia más civilizados. Alianzas y sociedades pueden o no basarse en acuerdos o tratados internacionales, o en instituciones comunes, pero menos importante que la forma es el énfasis puesto en los valores compartidos, sobre todo los que que sirven de base para la identidad regional y la civilización.

Y también hay diferencias importantes entre estos conceptos. La primera es que las alianzas son formadas para responder a amenazas externas (reales, potenciales o imaginadas), con base en un compromiso de asistencia mutua. El sentido común asocia alianzas a nociones militares de seguridad, defensa y disuasión. Por eso, la alianza es temporaria –su horizonte es la existencia de la amenaza común– la diferencia de la sociedad, que tiene carácter permanente. Mientras que una *alianza* se inserta en una lógica de equilibrio de poder donde impera un razonamiento de “juego de suma cero” (uno gana, otro pierde), una *sociedad* traduce una lógica de suma positiva, en la cual todos pueden ganar.

Una sociedad estratégica no se forma para oponerse a alguna potencia o región. Su objetivo es concretar el potencial de desarrollo colectivo, sin necesidad de enfrentar a otros. Una sociedad no tiene como objetivo protegerse contra terceros, sino organizar la cooperación entre los estados en los planos político, social y económico, con profundización de vínculos que tiendan a la integración. De hecho, una alianza no busca integrar los diversos sectores sociales de los países involucrados, sino apenas los que son capaces de contribuir a la protección contra la amenaza externa. Por su parte, una sociedad estratégica afirma Tokatlian, “presupone un entrelazamiento amplio y profundo de los estados y sociedades civiles.” Por eso mismo, una sociedad es polifacética mientras que una alianza se restringe a objetivos pragmáticos.

Una sociedad estratégica funda una cultura de amistad, elemento que no es indispensable en una alianza. Según Tokatlian y Russell, a partir de los años '80, la cultura de la rivalidad incorpora cada vez más elementos característicos de una cultura de amistad resultante, entre otros factores, de los procesos paralelos de redemocratización y de interdependencia económica. Crece la convergencia de intereses y se tornan anacrónicas las tesis de equilibrio de poder regional.

Tokatlian señala que el “sentido estratégico profundo” de una asociación entre Argentina y Brasil presenta cuatro aspectos: la formación de una zona de paz; la consolidación de las democracias; la constitución de un espacio económico común; y el fortalecimiento de la capacidad de negociación.

La cultura de amistad verdadera va más allá de los sentimientos vagos y románticos de solidaridad histórico-cultural presentes en la retórica. Ella se nutre de las experiencias positivas de convivencia conseguidas a través de los avances de la integración y del incremento de los flujos sociales binacionales. Crece el interés en descubrir la cultura del otro.

Sin embargo, Tokatlian y Russell estiman que la cultura de amistad aún es frágil ya que en muchos casos lo que hay no es una identificación con los intereses y

necesidades del otro, sino una estrategia interesada en obtener beneficios sectoriales. El simple pragmatismo económico no fundamenta la amistad.

Conclusión

El embajador Andrés Cisneros señala que los pueblos del Mercosur tienen la sensación de que están participando en un hecho de alcance continental, situación inédita en algunos aspectos, sólo comparable con la generación del '80 o con el inicio de la organización nacional argentina.⁵ En el caso de Brasil y de la Argentina, Cisneros agrega que ambos países tienen en común un rasgo importante: sus identidades no se encuentran exclusivamente en el pasado, sino que se han moldeado hacia el futuro, en proyectos que permitieron fusionar viejas identidades con nuevas integraciones.

El embajador Marcos Azambuja agrega que, agotada la "fase fundacional" marcada por el derrumbamiento de las barreras arancelarias, los ensimismamientos físicos y proyectos contradictorios, la integración en el Mercosur pasa a exigir una clara percepción del otro para que uno se identifique al máximo con el socio. Identificarse, en ese sentido, significa descubrir la identidad compartida.

Una sociedad estratégica significa, justamente, compartir. Recursos, valores, visiones del mundo, proyectos nacionales y regionales, no en contra de una amenaza externa, sino con miras a la construcción política de una identidad colectiva basada en una historia y una geografía social y económica convergentes.

Históricamente, la conciencia colectiva es, un producto al mismo tiempo natural y artificial. Es natural porque nace de rasgos comunes de base étnica, territorial, de cultura material y de mentalidades diversas. Pero también es un producto de la imposición, por parte de los poderes públicos, de una ideología y una educación basadas en la valorización de símbolos de unión. De hecho, las autoridades gubernamentales estimulan la afirmación de la identidad colectiva con gestos simbólicos.

En el caso de Brasil y de Argentina, en la llamada "Acta de Copacabana" (Rio de Janeiro, 16/3/2004) los presidentes Lula da Silva y Néstor Kirchner establecieron como "Día de la amistad argentino-brasileña" el 30 de noviembre, aniversario del encuentro de 1985 en Foz do Iguazú, entre los presidentes Raúl Alfonsín y José Sarney, cuando fue firmada la Declaración de Iguazú, que dió origen al proceso de integración regional. A partir del presente año, escuelas y entidades culturales argentinas y brasileñas promoverán esa fecha actividades dirigidas a difundir la cultura y la historia del país amigo. Además, será concedido un Premio Binacional de Artes y Cultura.

Seguramente otros espacios e iniciativas de acercamiento cultural en el Mercosur surgirán en diversos campos (artes, música, teatro, televisión, danzas). Por

5. Cisneros, Andrés, y Azambuja, Marcos, *op. cit.*

supuesto, el crecimiento de los flujos turísticos recíprocos deberán fortalecer aún más el conocimiento de nuestros pueblos. Todo esto debe contribuir a la cultura de amistad.

La conformación del Parlamento del Mercosur también contribuirá a este propósito, en la medida en que será una entidad supranacional destinada a representar los pueblos de la región, y no los parlamentos de los estados Partes, como ocurre actualmente con la Comisión Parlamentaria Conjunta establecida por el Protocolo de Ouro Preto.

La preferencia por la profundización de los lazos con el Mercosur es mayoritaria en la Argentina. Una encuesta de Graciela Romer del año pasado indica que 51 por ciento de los argentinos desean estrechar vínculos comerciales con el Mercosur, mientras que el ALCA y la Unión Europea alcanzan, respectivamente, el 14% y el 15%. Además, el 70 por ciento de los encuestados piensa que la integración económica con el Mercosur beneficia a la Argentina. En el caso de Brasil, aunque no hay encuestas a este respecto, el fortalecimiento del Mercosur y, en particular, el estrechamiento de los lazos con la Argentina, son piezas claves de la política exterior del gobierno de Lula y son claramente consensuales en el parlamento, en los sectores académicos y en amplios segmentos de la sociedad civil.

En síntesis, la construcción de una identidad de bloque en el Mercosur, como resultado de la superación de antiguas resistencias y temores hoy anacrónicos, abre el espacio para una cultura de amistad y respalda el surgimiento de una nueva sociedad estratégica entre Brasil y Argentina, más profunda que la simple alianza estratégica.

La identidad de bloque cristaliza el proyecto civilizatorio de nuestros países. La historia común sugiere que nuestros pueblos tienen una propuesta de civilización, aunque sectores de nuestras elites intelectuales se muestran escépticas al respecto. El contenido de dicho proyecto es el resultado de procesos históricos que inscribieron en nuestras mentalidades los valores más importantes de nuestros pueblos: libertad, justicia, paz, democracia y desarrollo, este último como instrumento de lucha contra la opresión y la exclusión.

